

hariais bien en leer el pró y el contra, que sois bastante instruidos para retener lo bueno y desecharlo malo, tenedlos por emponzoñadores, porque es como si os dijeran: vuestro estómago es bastante fuerte para digerir manjares emponzoñados, él digerirá lo que encuentre nutritivo, y desechará lo venenoso. Creedme, amigos míos, vuestro espíritu es mucho más débil que vuestro estómago, si él quiere tomar el pró y el contra en materia de fé, él guardará el contra y desechará el pró. Esto es lo que sucede á todos los incrédulos un poco avanzados; la palabra religiosa les agrada tanto, como el agua bendita le agrada á su maestro y señor: estos son posesos á quienes no se puede instruir, mientras que no se haya obtenido de Dios su libertad.

“Pero la fé sin las obras es muerta ¹.” ¿Cuáles son las obras de que vive la fé y vivifican al alma cristiana?

Antes de todo es la guarda de los mandamientos de Dios: “Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos, dice el Señor ².” Y es preciso guardarlos todos sin distincion, porque nos dice un apóstol: “Cualquiera que viola la ley en un punto, aunque la observe en todo lo demás, desobedece á Dios tanto como si la violara toda ³.”

1 Santiago, Epístola católica, cap. 2, v. 26.

2 S. Mateo, cap. 19, v. 17.

3 Santiago, epístola católica, cap. 2, v. 10.

CONCLUSION.

El primer homenaje que nosotros debemos á la Sabiduría infinita, es la sumision de nuestro pensamiento al pensamiento divino, siempre puro y siempre vivo en la enseñanza de la Iglesia de Jesucristo: sin la fé es imposible agradar á Dios ¹.

Siendo la fé un don de Dios, que se pierde por el orgullo y la ignorancia, pidámosle humildemente y con instancia, la conservacion y el aumento de este don indispensable, y no despreciemos medio alguno que esté á nuestro alcance para nuestra instruccion religiosa y la de los que dependen de nosotros. No espongamos nuestra fé dando oído á los discursos de las gentes que no tienen religion, jamás leamos sus libros sin estar autorizados para ello. En cuanto á los que os dijeren, que

1 S. Pablo, epístola á los Hebreos, cap. 11, v. 6.

Hacer una eleccion en lo que Dios manda, adoptar un artículo y desechar otro, es constituirse juez de la ley divina, es sublevarse, es crimen de herejía.

Es preciso en seguida observar con el mismo espíritu de sumision los mandamientos de la Iglesia. Cuando el católico que desprecia los mandamientos de la Iglesia, fuera fiel á los mandamientos de Dios (cosa que yo creo hasta ahora sin ejemplo), no estaria menos en oposicion formal con el precepto de Jesucristo, de "escuchar á la Iglesia, bajo la pena de ser tratado como un gentil y un publicano." Mirar las leyes eclesiásticas de disciplina general como leyes puramente humanas, y que importan poco para la salvacion, es una crasa y culpable ignorancia: es hollar con los piés esta palabra divina dicha á los gefes de la Iglesia: "Todo lo que vosotros atareis sobre la tierra, será atado en el cielo. . . . Id, enseñad, regenerad á las naciones y á los individuos, enseñadles á observar todo lo que yo he mandado. . . . Ved aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos. . . . Quien os desprecia, me desprecia á mí."

Lo que hace imperdonable las trasgresiones de los mandamientos de la Iglesia, es la facilidad con que se obtiene la dispensa ó la conmutacion, cuando las obras prescritas nos son muy gravosas; pero esta dispensa ó conmutacion, son asunto de

la autoridad eclesiástica, á la que debemos rendir homenaje haciéndola juez de nuestras razones. El ayuno, la abstinencia, la cesacion del trabajo en ciertos dias, &c., no son por sí mismas obras esenciales para la salvacion; pero no hay salvacion sin la obediencia á la Iglesia que las prescribe. Yo creo haberos dicho ya, que el grande número de los que desprecian los preceptos de la Iglesia, no nos da seguridad para quebrantarlos. El Juez supremo de vivos y muertos no nos ha dicho: haced lo que viereis hacer á otros; él nos ha dicho: haced lo que yo os mando por mi Iglesia, para cuyo establecimiento y conservacion yo no me he avergonzado de humillarme y sufrir sin medida: "Si vosotros os avergonzareis de mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de vosotros delante de mi Padre." Que seamos escluidos del cielo por haber despreciado los mandamientos de Dios ó los de la Iglesia, poco importa: nosotros deberemos bajar al triste reino del *Rajo de los rojos*, y quedar allá por los siglos de los siglos.

Pero la virtud de las virtudes cristianas, la que las anima á todas y las corona es la divina caridad. El grande fin de la caridad cristiana es hacer que todos los hombres, sin escepcion, se unan como los miembros de un mismo cuerpo en el conocimiento y el amor de su adorable cabeza, que es Jesucristo. Esto es, ya lo hemos visto, el grande principio de la salud eterna de las almas, y de

la salud temporal de la sociedad. "El alma que no ama está muerta," nos dice el apóstol de la caridad, y nosotros bien vemos que un país donde la caridad está de baja, con su principio indispensable que es la fé, viene á ser un cadáver destrozado por el egoismo de los partidos, y entregado á la fermentacion de todos los vicios.

Lo mas necesario, lo mas meritorio, lo mas eficaz de la caridad, es procurar á las almas su pasto divino, el grande remedio de nuestros males es la fé en Jesucristo. Entretanto, ésta en una familia pobre le hace mucho mas bien que una rica herencia, que probablemente no introducirá mas que un aumento á los vicios. Con la fé vienen la paz, la union, la paciencia, el amor al trabajo, la economía, la buena educacion de los hijos; y en fin, lo que endulza todos los males, la esperanza de la posesion de todos los bienes.

Tal es, amigos míos, el Tesoro que vosotros debéis procurar desde luego á vosotros mismos y á los que dependen de vosotros, en seguida á vuestros conciudadanos; en fin, á todos los hombres sepultados todavía en las tinieblas del error, y que en el gran día de las justicias tendrán derecho para quejarse de vuestra indiferencia, si despreciáis los medios que están en vuestro poder para contribuir á su conversion. Ya os he dicho en el entretenimiento décimo, de la obra católica por excelencia, de la propagacion de la fé, y de las ben-

diciones espirituales y temporales que atraeréis sobre vosotros y vuestras familias agregándoos á ella. A los que les pareciere muy gravosa la limosna de cinco céntimos por semana, les diré: Echad por lo menos con esta intencion, en el tesoro católico, el tributo diario de una corta oracion.

La oracion, amigos míos, es el arte infalible de aplacar á la justicia divina, y . . . (lo que es mucho mas difícil) de vencer el orgullo y la obstinacion de los hombres. Fué la oracion de nuestros santos, aun mas que su palabra, lo que convirtió á nuestra Europa. Los relámpagos y los rayos de la palabra católica no salvarán á la Europa, ni á los otros continentes, si no son acompañados de una lluvia de gracias obtenidas por un gran concierto de oraciones. Orad mucho, amigos míos, y vosotros habréis hecho mas, delante de Dios por la salud del mundo, que los que como yo predicán mucho, y no oran bastante. ¿Qué oracion preguntais? Desde luego la que en su divina brevedad contiene todo, y la que es obra del divino Maestro de la oracion. Para ayudaros á decir la con un corazon inteligente, ved aquí un pequeño comentario de ella, que será como un resumen de nuestros entretenimientos.

Padre nuestro que estás en los cielos. Sí, Señor, vos sois el Padre de todas las clases sociales; pero sobre todo, de las clases populares siempre víc-

timas del orgullo y la codicia de los grandes, donde quiera que estos no os han reconocido y reverenciado, como el Padre, el Legislador, el Salvador y el Juez supremo de los grandes y de los pequeños. El pueblo es la creación de la Sangre de vuestro Hijo y del dilatado sacrificio de sus apóstoles y de su sacerdocio. Nosotros no éramos contados para nada en la sociedad, mientras que sus gefes no descendieron con nosotros al baño bautismal para recibir allí y reconocer nuestra dignidad de hijos y herederos del Rey de los reyes. Basta una mirada sobre las naciones que os ignoran, para comprender que, si nosotros fuéramos cristianos, no seríamos ni ciudadanos, ni aun hombres; así es, que consideramos como á los mas grandes enemigos del pueblo, á los que le predicán el menosprecio de vuestra ley y de vuestra Iglesia.

Santificado sea tu nombre. Sí señor, que todos los nombres se abatan delante de vuestro nombre, y que todo nombre que se atreviere á elevarse con perjuicio del vuestro, sea para siempre confundido. Los nombres de los falsos dioses y de los falsos grandes hombres no han hecho mas que dividir la familia humana en mil y mil fracciones encarnizadas en destruirse las unas á las otras. Haced que por el triunfo de vuestra Iglesia, vuestro nombre bendecido y adorado en todo el universo, estinga todos los odios, todas las divisio-

nes, y establezca, en fin, la dichosa fraternidad religiosa y política de los pueblos. *Venga á nos el tu reino.* Todo hombre, todo partido que quiere reinar sobre nosotros, sin que vos reineis sobre él, es un tirano, un opresor. Nosotros hemos probado bastante estos gobiernos, estas legislaciones creadas y esplotadas por los ambiciosos sin respeto á vuestra ley, y sin amor á los pueblos. Dadnos, en fin, gobernantes profundamente cristianos, este es el único medio de librarnos del demonio de las revoluciones y de los escesos que ellas causan. Mas como vuestro reino sobre esta tierra, contará siempre muchos enemigos, y no dejará jamas de ser combatido, mantened en nuestros corazones una fé viva del reino eterno que habeis prometido á los que os habrán dejado reinar acá en la tierra sobre su alma.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Las voluntades humanas, cuando no son dirigidas y fortificadas por la vuestra, se inclinan al mal. Nuestras divisiones domésticas, civiles y políticas, nacen todas del desarreglo y de la oposicion de las voluntades: reconciliadlas, Señor, sometiéndolas al *yugo suave y ligero* de vuestra ley.

El pan nuestro de cada dia dánosle hoy. Gracias por la fecundidad que vos habeis dado á la tierra y al trabajo con que la cultivamos. No es, Señor, el pan material el que nos falta, es el pan

celestial, que ennobleciendo las almas de los ricos y de los pobres, hace que los unos y los otros se contenten con lo necesario: que los primeros sustituyan los cálculos de la caridad á los cálculos del egoismo, y que los segundos pidan al trabajo y á la economía los recursos que no les ha dado su nacimiento. Por el poder de vuestra gracia y por el celo de vuestros ministros, haced que los propietarios y el pueblo se encuentren, á lo menos en la Pascua, en el banquete divino, servido por la caridad infinita; y las enemistades y odios sociales se apagarán con las injusticias de que ellos viven.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. ¿Qué son las injusticias que escitan mas nuestras quejas, cuando se les compara con nuestras sublevaciones contra vos, Padre infinitamente bueno, pero tambien infinitamente justo? Nosotros aceptamos, pues, la condicion tan ligera á la que os dignais sujetar nuestra reconciliacion con vos: ayudadnos á someter nuestras repugnancias y volver bien por mal.

Y no nos dejes caer en tentacion. Todo es tentacion sobre la tierra, aun el bien que se hace y las victorias que se alcanzan, si se tiene la debilidad de complacerse y de usurparnos la gloria. Mantened, pues, en nosotros la humildad, fundamento y guarda de toda virtud sólida. ¡Cuántos tentadores, cuántos satanases se atreven á invocar vuestro

tro santo nombre, pervertir y manchar las palabras de vuestro Evangelio, para hacernos desertar de vuestra Iglesia y arrastrarnos á sus establos de cerdos! Confundid los designios de estas bestias malvadas y no abandoneis sus almas, cuya salud os ha costado tan caro.

Mas libranos de todo mal. Amén. Sí señor, hacednos comprender bien que la desobediencia á vuestra ley es la fuente de todos los males, que el infierno, solo es la obra del pecado, ó mas bien, el pecado mismo que ha llegado á sus últimas y eternas consecuencias. Para esto, inspiradnos un horror soberano á todo lo que pueda dar la muerte á nuestras almas.

A esta oracion agreguemos otra, que la haga llegar con mas fuerza al trono del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Cuando se quiere ser escuchado de un padre ó de un soberano, y se tienen razones para temer no ser de buen olor en su presencia, ¿qué se hace? se dirige á la madre ó á la reina, y si estas se encargan de la solicitud, no se duda ya del resultado. Pues bien, es lo mismo en la grande familia de los hijos de Dios. Nosotros tenemos cerca del trono de los tronos, una Madre, una Reina, á cuya intercesion la Majestad divina hará concesiones, que toda la corte celestial no pudiera alcanzar.